



*Sagrados Corazones*  
PROVINCIA DE ESPAÑA

# El Padre Damián biografía de Hilde Eynikel (6)

Recopilación, redacción y traducción de textos: Joaquín Salinas, ssc

# Sumario

EL PADRE DAMIÁN, biografía de Hilde Eynikel (6)

Capítulo X

DOS SACERDOTES SE DISPUTAN LA LEPROSERÍA (continuación) ..... 3

Capítulo XI

GUERRA CON BURGEMANN A PROPÓSITO DE LA LEPROSERÍA..... 11

Capítulo XII

UNA DISTINCIÓN REAL (Agosto 1880 - Octubre 1881) ..... 19

## EL PADRE DAMIÁN, biografía de Hilde Eynikel (6)

### Capítulo X DOS SACERDOTES SE DISPUTAN LA LEPROSERÍA (continuación)

Pg. 170 libro

Había vuelto la calma. El 8 de diciembre Damián escribió su carta anual a los suyos. Comparte la que, sin duda debe haberse unido con sus cuatro hijas en el cielo. Le asegura deformando un poco la verdad, diciéndole que ningún leproso entra jamás en su casa, que una mujer sana le prepara sus comidas y que sus sesenta gallinas le producen más huevos de cuantos puede consumir. La misiva destinada a Pánfilo encierra un cierto número de consideraciones de orden práctico seguidas de un texto de pura propaganda a favor de la misión y del gobierno hawaiano, esto con el fin de evitar todo problema en el caso de que sus hermano tomara la iniciativa de publicar la carta. Todo bien considerado, el año 1874 no había sido demasiado malo: Damián había construido una iglesia y bautizado 116 catecúmenos, había enterrado 30 creyentes y bendecido 10 matrimonios. El rey y la reina habían vuelto de los Estados Unidos donde habían sido recibidos por el Congreso. A cambio de no ceder parte alguna del territorio hawaiano a otra potencia extranjera, el Senado americano había ratificado el tratado del 18 de abril; inmediatamente el precio del azúcar había aumentado en dos *centavos* y el precio del terreno había subido un 25 por ciento. Con la economía floreciente, serían desbloqueados créditos para la ayuda de los leprosos; esto era al menos lo que esperaban los enfermos que visitaba Damián. Había tenido una mala caída y permaneció en el lecho algunas semanas. Durante esta convalecencia, Fouesnel contó al obispo que Damián había bendecido el matrimonio de un parroquiano de Wailuku que no estaba aún divorciado. *“Estáis expuesto a ser engañado como todo el mundo, le escribió Maigret. No debemos por tanto dejar de ser demasiado prudentes. Estoy retrasado en ir a verle, pero no sé todavía cuando se podrá hacer. En cualquier caso, no esperaré a la mala estación”*.

En el momento en que la lucha por la sucesión era de notoriedad pública, los conflictos desgarraban a la congregación hawaiana. *“El demonio de la discordia busca extender su soplo infernal en nuestra misión”*, relata Modesto

a su superior general., consciente de la guerra declarada entre Damián y André. El fin de la visita de Maigret a Molokai era también el de medir la profundidad de la discordia que reinaba entre los dos misioneros. Por esa razón invitó para que le acompañaran a Clément, que había efectuado con Damián la travesía desde Europa, y Aubert, que era amigo de Damián. Quería también verificar personalmente si André tenía realmente necesidad de capillas y si el trabajo que prestaba Damián al asilo era valioso. Comenzaron por la visita del *topside* donde André mostró orgulloso su iglesia. Kaluaaha había sufrido igualmente por el huracán, pero la iglesia se había mantenido firme. Damián era un buen carpintero.

Al día siguiente, los tres visitantes fueron en canoa a la leprosería. El obispo no autorizó a André a que les acompañara. Damián y Ragsdale le acogieron en la orilla. Este último se puso de inmediato a cantar las alabanzas de Damián que le había convertido y transformado al juerguista en un buen católico. Durante la misa mayor que celebró, el obispo se emocionó hasta las lágrimas por un joven leproso, antiguo miembro de la coral de Köeckemann, que les hizo escuchar el *Agnus Dei* de la Misa de la Coronación de Mozart. Maigret constató que se habían hecho agujeros en el suelo de la iglesia guarnecidos de algunas hojas, que servían de embudo para evacuar las flemas que no cesaban de escupir los enfermos.

Mons Maigret permaneció más de una semana en la leprosería y confirmó a una centena de bautizados. La última noche, los visitantes estaban instalados con Damián en la terraza de su casa cuando llegó un gran número de leprosos. Se instalaron sobre la hierba de la parcela. *“Una veintena de jóvenes estaban allí con sus instrumentos de música, cuatro gruesos tambores y dos enormes banderas. Serenata al claro de luna”* cuenta Aubert, que se enteró que la fanfarria real de Honolulu enviaba a la península sus viejos instrumentos de música. Un joven tocaba una flauta que Damián le había fabricado con un bote de conservas. Todos los pacientes interrogados respondieron al obispo que el gobierno cuidaba de ellos. *“Estamos satisfechos de la economía del leper settlement y sobretodo de nuestro pastor. Se ocupa de los pequeños cuidados con nosotros. Él mismo construye nuestras casas. Cuando alguno de nosotros está muy enfermo, nos da té, galletas, azúcar. Da vestidos a los más pobres. Ni siquiera hace distinción de si somos protestantes o católicos”* Maigret que tan a menudo había escuchado estas frases temiendo que no fueran más que una simple repetición de una lección aprendida, por la tristeza que leía en los ojos de estas gentes descartó las sospechas.

Sabía ahora bastante como para confrontar a los dos sacerdotes. Invitó a Damián a acompañarle al *topside*. Los adioses de la población fueron impresionantes *“Jamás olvidaré esta procesión de doscientos leprosos, consignó Aubert, [...] y no olvidaré jamás las últimas palabras de consuelo del venerable vicario apostólico en la despedida y toda aquella multitud prosternándose para recibir la bendición. Desde nuestra embarcación, Monseñor se vio obligado una vez más a bendecir a aquella multitud compungida y llorosa...”*

Como no había más que una canoa, Clément propuso alcanzar el *topside* por vía terrestre. Los remeros hawaianos sufrieron todas las penas del mundo en remar contra corriente. Los pasajeros tuvieron que abordar cerca de un pequeño cabo y rodearle a pie para aligerar la embarcación. Una vez más, Damián admiró la resistencia del anciano prelado que no se lamentó ante la escalada de los roquedales. A la cía de la tarde, llegaron a la aldea de Puahaunui que se componía de tres casas. Una mujer les ofreció la hospitalidad, se acordaba vagamente que había habido católicos en ese lugar antes de las persecuciones: *"Hace treinta años. Éramos todos catecúmenos aquí, dos cristianos habían venido para instruirnos... Mi tío... volvió para morir en medio de nosotros"*. Mons Maigret suspiró y tomó a su vez la palabra: *Y yo también, dijo, yo fui expulsado cuando mi llegada a Honolulu [...] Había entonces en el país un sacerdote que se encontraba muy mal, le hicieron montar en un navío y, poco después murió. Le enterré en Punipe en la Micronesia, donde permanecí siete meses. Allí, me hice construir una cabaña y viví de los frutos que recogía bajo el árbol del pan y de os peces que salía a pescar"*. Estas palabras impresionaron a la hospedera hasta hacerla llorar. *"Ah, dijo ella, los hombres os persiguieron, pero Dios os protege. Que Él os conceda una feliz ancianidad Gracias por habernos dado a Damián. No hace más que dos años que está en la isla de Molokai y ya nos ha visitado tres veces"*. Maigret se vio forzado a constatar que Damián era popular en *topside*.

Al amanecer la canoa les esperaba, pero la mar estaba encrespada y Damián sufría de mareos. En Kaluaaha, André y Clément les esperaban con inquietud. Entonces fue el momento de André de defender su propia causa. Mostró la granja que le servía de oratorio. Maigret estimaba que debía considerar como un honor el celebrar la misa en un lugar en que los *Palani* habían anteriormente estado encadenados. El obispo clausuró con ello la discusión, porque el barco para Maui estaba preparado para partir. Durante la travesía, discutió sobre la situación con Aubert. Este último había notado numerosas mejoras en el asilo después de su última visita; Damián no había quizás realizado todo solo, pero era en gran parte el responsable. En cuanto a las iglesias que reclamaba André Maigret estimaba que no tenían ninguna urgencia. Decidieron dejar a os dos misioneros en sus puestos respectivos.

Vuelto a Lahaina, Aubert escribió una larga carta al superior general, explicándole que Mookai era "quizás la isla más protestante del archipiélago, pero también es la isla donde en espíritu kanaka es más material, el más inclinado a la inmoralidad, a la corrupción o a la injusticia". Era la razón por la que era necesario absolutamente un sacerdote en *topside*, a pesar de que la región no estaba muy poblada.

De Veuster se puso al trabajo en Kalaupapa pero no respetó las instrucciones del obispo. Los materiales destinados a la capilla de Pelekunu, habiendo sido por error desembarcados en Kalaupapa, Damián estimó que los numerosos creyentes de la leprosería tenían mayor necesidad de una iglesia que la treintena de católicos que vivían en el valle aislado. Construyó pues en Kalaupapa la iglesia destinada a Pelekunu. Cuando se enteró del asunto, Maigret se salió de sus casillas. Esta explosión tuvo sus repercusiones, porque

la carta que Damián que había provocado la primera crisis de vanidad, había sido traducida al inglés y publicada por un diario americano. De inmediato, Louis Lambert Conrardy, un sacerdote valón que se entregaba al apostolado entre los indios *umatila* (pieles rojas) en el estado de Washington, se propuso venir a secundar a Damián. Otros voluntarios ofrecieron sus servicios, pero sus candidaturas fueron rehusadas: para ser admitido a trabajar en Hawaii, debían entrar en la congregación de Picpus y someterse a un nuevo noviciado en Europa. Cuando André exigió de nuevo a Damián que le construyese una iglesia en Kamalo, de Veuster se dirigió, como último recurso a Modesto, rogándole que le enviara un hermano carpintero, arguyendo que además de sus diferentes tareas, debía seguir la situación en el hospital. William Williamson, el enfermero de nacionalidad británica, había muerto, y John Ostrum, un marinero igualmente de nacionalidad británica, le había sucedido como supervisor. Pero, si este último estaba preparado para gestionar un hospital, estaba lejos de ser un ejemplo de moralidad. Además Damián debía enfrentarse a las calumnias que sembró por su cuenta el reverendo Holokahiki y a las quejas de Fouesnel que rehusaba cederle uno de sus obreros constructores.

Fue en esta atmósfera en la que Damián festejó el Año Nuevo con Burgermann, que descendía del *pali* una vez al mes para escuchar la confesión de su compañero antes de confesarse a su vez. El entendimiento entre ellos no era siempre de los mejores. Damián consideraba que André no estaba *"comprometido con su puesto, ni con su misión, ni siquiera con la congregación"*. Escribió a su superior: *"Yo creo que es mi deber informarle que este buen padre no está en su sitio aquí en Molokai, ni tan siquiera en la isla Sandwich"*. Recibió una carta de Pánfilo que le daba noticias de su familia; Damián le pidió en su respuesta que en adelante no publicara jamás sus cartas. Le señalaba que no había dejado Kalaupapa desde hacía seis meses, trabajando sin descanso en los pueblecitos situados a pie del acantilado y cultivando un trozo de terreno para alimentar sus gallinas, que a su vez le alimentaban. En cuanto a su madre le escribió: *"Estoy siempre con la misma salud, hasta me siento más fuerte que nunca"*.

No era totalmente verdadero, porque temía tener la lepra. Había descubierto sobre sus brazos y su espalda algunas manchas que se resistían al tratamiento con una loción astringente, no transpiraba ya en esos lugares, que todavía no estaban totalmente insensibles. Como protesta se dejó crecer la barba. Esto no haría nunca sino un leproso más, el número de enfermos no cesaba de aumentar y sus exigencias iban creciendo. Para controlar los gastos sin ser acusados de descuidar a los pacientes, los miembros del parlamento decidieron en junio de 1876 enviar una comisión investigadora a la península. Este médico de la marina militar había adquirido una cierta reputación visitando las colonias de leproso de todas las islas del Pacífico donde hacía escala su barco *USS Lackawanna*. Había ya pasado por Molokai en 1866 y podía por tanto constatar la evolución de las cosas. La misión puramente política de los parlamentarios fue un fracaso. Instalados a una buena distancia de los leproso, les hicieron preguntas educadas a las que ellos respondieron de manera evasiva, esperando obtener su liberación gracias a su buena

conducta. Cuando uno de estos dignatarios pidió a aquellos que creían no tener la lepra que dieran un paso, toda la asistencia se abalanzó hacia los visitantes que huyeron horrorizados. El doctor Woods aceptó examinar a los pacientes uno a uno. Algunos tenían el rostro tan señalado, que ni siquiera tuvieron de desnudarse. Cuarenta casos fueron declarados en el límite y dos probablemente relegados abusivamente. El príncipe Peter Kaeo estaba furioso porque fue considerado como leproso.

Con ocasión de una segunda asamblea general, la muchedumbre encolerizada manifestó abiertamente sus dolencias. Uno de los políticos paró la letanía de quejas calificándolas de no fundadas. La Comisión volvió de inmediato al barco. Una semana más tarde, el sucesor de Trousseau, el doctor McKibbin efectuó la primera visita a la leprosería. Concedió a pesar suyo una visa de salida al príncipe Peter Kaeo que regresó a Honolulu donde fue obligado a residir. El *alii* volvió a ocupar su plaza en la Cámara de los Nobles pero no ejerció una actividad política real.

A comienzos de julio de 1876, Woods pasó de nuevo siete días en Molokai. Si esta visita no tuvo ningún resultado desde el punto de vista médico, sí tuvo grandes consecuencias para Damián. El médico había quedado muy impresionado por los progresos que había constatado en materia de confort y de organización desde su primera visita de ocho años antes. Atribuía estas mejoras a Damián por el que sentía la mayor admiración y una fuerte simpatía. Publicó en una revista médica americana un artículo donde, después de una larga enumeración de los síntomas de la lepra, hablaba de las importantes inversiones que habían sido realizadas en la península, si mencionar que éstas databan de antes de la llegada de Damián, que el soberano sostenía el asilo e incitaba a la modernización constante. Se mantuvo en la retórica misionera típica del siglo XIX, enumerando todas las profesiones que ejercía el religioso solitario trabajando en las condiciones más ingratas: sacerdote, médico, enfermero, organizador, carpintero, jardinero, enterrador...Woods pasó numerosas horas en el hospital y concluyó que la lepra no tenía nada que ver con la sífilis, sino que, por el contrario, esta última afección debilitaba el organismo que ofrecía entonces un terreno propicio al desenvolvimiento de la enfermedad de Hansen. Confirmó en su informe que la lepra consistía en una inflamación crónica determinaciones nerviosas que tenían como consecuencia el remplazo de tejidos sanos por tejidos cicatriciales en las regiones atacadas en torno de las terminaciones nerviosas y de los ganglios nerviosos y hasta en ellos mismos. Esta degenerescencia explicaba la pérdida de las sensaciones, el endurecimiento de los dedos de las manos y de los pies y la pérdida de vitalidad en las zonas atacadas. Esta era la razón por la que partes del cuerpo murieran. Las autopsias que él había efectuado en otros países le habían permitido constatar que los órganos internos estaban atacados del mismo modo.

No existía remedio. El arsénico y los tónicos podían ir retrasando la progresión del mal; una buena higiene y el cuidado de las heridas ralentizaba también el proceso ineluctable de la enfermedad. Él había efectuado tests con presuntos

medicamentos, como el aceite de *chaulmoogra* y el bálsamo del doctor Akana, que se habían revelado ineficaces.

El doctor describía también los primeros síntomas una fatiga inhabitual y una tendencia a la depresión; también se producía a continuación la pérdida de sensaciones en ciertas partes bien definidas del cuerpo y un envejecimiento prematuro. Los enfermos que presentaban nódulos vivían una media de ocho años desde el comienzo de la enfermedad, los que tenían puntos de insensibilidad podían sobrevivir unos dieciocho años.

El médico y el sacerdote se separaron como amigos. La publicación del largo artículo elogioso, hizo a Damián célebre en todos los medios de la medicina.

La Comisión de los Trece había aconsejado construir nuevos pabellones así como un crematorio, estimando inhumano que los moribundos debieran vivir en medio de cementerios. Pero los hawaianos rehusaron incinerar a sus difuntos - sus huesos eran los portadores de la vida eterna - y el costoso edificio fue transformado en almacén.

La iglesia de Santa Filomena era de nuevo demasiado pequeña y la Navidad fue festejada en una obra en construcción. Algunos días más tarde, un soberbio yacht fondeó en la bahía. Los marineros del Sunbeam desembarcaron a una elegante pareja inglesa, Lord y Lady Brassey, el hijo y la nuera de un riquísimo magnate que construía ferrocarriles en la India. Visitaron la leprosería conducidos por Damián a quien Annie Brassey encontró excepcional y del que ella habló en su libro. Su esposo contribuyó a extender la notoriedad de Damián en los encopetados círculos londinenses que frecuentaba. La escocesa Isabelle Bird consagró también ella, todo un capítulo a Damián - a quien sin embargo no había conocido - en su *Relation de voyage à Hawaii*. En el intervalo, la carta controvertida que Pánfilo había hecho publicar había sido traducida al inglés y al alemán, y los medios médicos conocían a Damián gracias al artículo de George Woods.

Mientras estas obras estaban en preparación, Damián prometió a André de construirle capillas cuando hubiera recibido la madera. Con ocasión de un paso relámpago para el enterramiento del príncipe heredero, hermano del rey Kalakaua, conversó largamente con la pareja real y la princesa Liliuokalani que desearon verle consagrado a sus leprosos y no construyendo iglesias para su compañero.

Abordó igualmente el asunto con Mons Maigret. Todas las diferencias que habían podido nacer entre ellos estaban aplanadas, el mentor tenía de nuevo plena confianza en su protegido a quien propuso pasar algunos días en su compañía, el buen aire le sentaría bien. Damián quiso volver sin tardar, tenía que construir una iglesia para André y había pasado demasiado tiempo lejos de sus leprosos. El obispo, que tenía setenta y dos años y se había encontrado mal celebrando la misa, no iba a tardar en tomar su retiro. Sostenía a Damián, pero ignoraba cómo cambiarían las cosas si Hermann Köeckemann le sucedía; había peligro de que surgieran nuevos problemas con André.

Damián construyó de mala gana el santuario que reclamaba su compañero para Kamalo. En agosto, cuando la pequeña iglesia de San José fue terminada, insistió para que Damián asistiese a un retiro. El misionero consignó con lápiz un reglamento personal al que se conformaría en adelante:

5 h. levantarse sin pereza, breve oración, escoger los temas de la meditación y vestirse limpio.

5 h: levantarse de inmediato, breve oración, escoger los temas de meditación lavarse y vestirse limpio

5 h 15: en la iglesia: oración de la mañana, lectura del tema de la meditación, evitar toda posible distracción  
6 h: Preparación de la misa, espera de los creyentes

6h-6,30: misa; el domingo meditación hasta las 7 h. 7 h: después del oficio, lección normal sobre los puntos de meditación, cambiarse, ordenar. Todo debe de estar correctamente en su sitio, no tolerar ningún desorden e la sacristía, Una media hora de oración.

8 h: Desayuno ligero, sin carne ni pescado, café con pan y huevos fumar una pipa, discutir sobre las cuestiones domésticas, alimentar a las gallinas con los niños, etc.

9 h: oración del Santo Oficio, no tolerar ninguna interrupción, salvo para casos urgentes. Decir que estoy ocupado. Breviario, estudios de materias teológicas y de libros santos hasta mediodía.

12 h: comida, sin conversación con el cocinero y su mujer, enseguida visita a los enfermos. A caballo únicamente si esta lejos, si no a pie. Antes de cada salida, visita al Smo. Sacramento, nada de conversaciones inútiles. Sé siempre amable sin llegara ser familiar. No gastes tiempo en palabras. Estar de vuelta lo más tarde a las 5 h.

17 h: Vísperas y si hay convertidos en la iglesia, catequesis.

18 h: cenar, pronto durante el invierno para que el personal no esté en la casa después de puesto el sol. (Sé severo con toda chica o mujer que esta aún en la misión después de la puesta del sol.

19 h: rosario, después el breviario, maitines y laudes, lectura espiritual.

22 h: Si no estás fatigado, lee un capítulo del Nuevo Testamento y después a la cama.

Damián puso también por escrito sus resoluciones, como le había impuesto el predicador del retiro: "Mi resolución es:

- ocuparme lo menos posible de las necesidades materiales de los leprosos y mezclarme lo menos posible en los asuntos públicos, a no ser que esto sea absolutamente indispensable o por petición expresa del superintendente.
- guardar todo en orden en la sacristía, den mi casa o en mis vestidos
- combinar la pobreza y la limpieza
- comportarme sencillamente y amigablemente con cada uno, conservando las reservas necesarias en las conversaciones
- No cotillear e interrumpir a todos cuantos lo hacen

- No gastar mi tiempo en conversaciones inútiles.

Que el recuerdo de las faltas pasadas te incite a comportarte con más humildad y a arrepentirte, acordándote de tus buenas intenciones para el futuro

Sé estricto contigo mismo y misericordioso con los demás. Respeta a Dios escrupulosamente en la oración, la meditación, la santa misa y la administración de los sacramentos. Permanece unido en tu corazón con Dios y acuérdate en la tentación que preferirías pudrirte en ese momento que cometer el menor pecado. La Pasión debería hacerte gemir continuamente. Las palabras *dissolvi et esse cum Christo* significan que tú aspiras a morir y a estar con Cristo.

Guarda ante ti el juicio invisible de Dios que te observa y conoce todas las libres acciones de tu voluntad, de este modo evitarás el cometer el pecado. Te llama en ese momento ante su tribunal. Sé vigilante.

Recuerda tus tres votos que te han hecho morir al mundo. Nada de cuanto posees te pertenece y no puede ser utilizado para tu satisfacción personal. Placer carnal: la castidad te hace semejante a un ángel, mientras que el sexo hace de ti un sacerdote del demonio. Ninguna sensualidad y ninguna búsqueda de sus fuentes (acune quête de ses sorces)

Deja a tus superiores hacer de ti lo que juzguen mejor. Jesús se dejó enterrar en un lugar aislado, pero su cuerpo permaneció unido a Dios. Imitemos a Jesucristo, su vida privada y pública, su espíritu y su cuerpo, desde su concepción a su tumba. Entonces podemos contar con la resurrección en la gloria. Acuérdate de la inmutabilidad de Dios e imítala con una perseverancia constante. Piensa en la eternidad de Dios y ten coraje para la eternidad".

Damián quería respetar escrupulosamente este reglamento que estaba más bien destinado a un contemplativo. Su cuerpo presentaba ocho manchas amarillentas que no hacían más que extenderse. Tomaba infusiones de zarzaparrilla para purificarse la sangre y continuaba tratándose las manchas con una loción astringente. Debía conservar sus fuerzas, porque André preparaba un nuevo ataque.

## Capítulo XI

# GUERRA CON BURGEMANN A PROPÓSITO DE LA LEPROSERÍA

(Libro pg. 181)

El conflicto estalló durante la agonía de Ragsdale. El Consejo debía encontrarle un sucesor. El único candidato era el capitán Sumner, un hombre de sangre mezclada, de un gran carisma, que poseía una autoridad natural pero llevaba una vida disoluta. Fue entonces cuando, ante la estupefacción de Meyer, André fue a proponerle su candidatura: había venido a Molokai para trabajar en la leprosería y se sentía confuso, porque en París nadie le había hablado de Damián; propuso ejercer ese puesto gratuitamente, trabajaría para tener para gastos de alojamiento y cuidado propio.

Por esto germinó en Meyer la idea de nombrar oficialmente a Sumner como superintendente, pero haciendo trabajar a André que, en ausencia de médico, podría también asegurar la supervisión médica. El agente no temía problema alguno de parte de Damián; al contrario, creía rendirle un servicio ofreciéndole la presencia permanente de un compañero. Sin embargo André pidió a Meyer guardarle el secreto hasta que él no hubiera hablado de ello con sus superiores.

Confesó a de Veuster que estaba cierto de tener la lepra; si no obtuviera la parroquia de la leprosería, amenazaba con dejar la congregación. Como su compañero rehusaba hacerse examinar por un médico, Damián partió el 15 de noviembre a consultar a sus superiores de Honolulu. Abordo discutió de la situación de Ragsdale con Sam Wilder, que había llegado a ser presidente del Consejo de salud. Este último le pidió, hasta que un sucesor adecuado hubiera sido designado, de ocuparse de los asuntos corrientes, como lo había hecho ya durante la enfermedad de Ragsdale. Damián consideró la petición como un caso de fuerza mayor que le permitiría derogar el reglamento personal que él mismo se había dado poco antes. Rogó al presidente, antes de divulgar esa petición, que le dejara tiempo de consultar con sus superiores. Estos le aconsejaron que dejara provisionalmente a la situación que siguiera su curso y le autorizaron para que regentara temporalmente la leprosería

A su vuelta a Molokai, Damián encontró una cata de Andrés, en la que este se presentaba como el nuevo superintendente. *"Como ha arreglado el asunto sin consultar con la autoridad eclesiástica, os ruego, en calidad de confesor, que tengáis a bien informaros con su Grandeza si puedo continuar diciendo la Santa Misa y escuchar las confesiones porque, en ese caso, entraré la semana próxima con sotana. Si, por el contrario, lo que me daría mucha pena, llegaré más allá y entraré en laico. Conocéis mi razón principal y mi enfermedad progresa mucho, tengo manchas y casi ninguna sensibilidad en la mano derecha [...] Os encargo el presionar ante su Grandeza que envíe más bien a*

*un de los nuevos sacerdotes a Kaluaaha, porque como habéis podido ver en el diario hawaiano, los de Palaau han apostatado a causa de una expresión que se os escapó durante la construcción de la capilla de Kumuni".* Era claro que André no tenía la intención de volver a tomar su cargo de sacerdote en *topside* y que deseaba sin embargo una dispensa de los votos.

Cuando Meyer se enteró que André había escrito a Damián, consignó oficialmente que debía la intención de confiar la leprosería a André, reservándole el título de superintendente a Sumner. Pidió a Damián que se ocupara de los asuntos corrientes hasta que los nuevos estuvieran preparados para asumir sus obligaciones, le repitió que no introdujera ningún cambio en el orden de las cosas y le pidió que saludara una vez más de su parte a Ragsdale que seguía consciente. El agente se las arregló sin embargo para entregar a André el alojamiento de funcionario del abogado moribundo.

El 6 de diciembre, después de haber celebrado el oficio fúnebre por Ragsdale. Damián envió al Consejo de salud una carta oficial para darle las gracias por la confianza que siempre le había demostrado. Apenas la había expedido, cuando se enteró de que Meyer tenía la intención de conceder el puesto de superintendente a André. Manifestó al agente del Estado que rehusaba en adelante colaborar con el Consejo que había retirado a un sacerdote de su parroquia. Meyer le respondió que el Consejo ignoraba que André había obrado sin autorización de su obispo. Muy fastidiado por la situación, invitó a los dos sacerdotes a una reunión donde ellos discutirían abiertamente el problema y tratarían de encontrar la mejor solución.

Pero el rumor de la disputa se había propagado. André se había instalado en la casa de Ragsdale y escribió una larga carta a Europa en la que hinchaba los resultados de su misión. Finalmente, este conflicto fue provechoso para el asilo, porque cada uno de los dos sacerdotes desplegó una gran actividad para probar a los relegados que él era más capaz que el otro de ocuparse bien de ellos. André asumió a fondo su tarea de misionero, mientras que Damián promovido superintendente ad interim, tenía poco tiempo para consagrarse a su misión apostólica.

Entretanto, Meyer se puso a buscar un tercer candidato. Encontró una alternativa al equipo Sumner-Burgherman en la persona del reverendo Kahuila que asistiría a Tom Birch, un parlamentario mestizo leproso. Si este tandem no obtenía la aprobación del Consejo, Meyer podría apelar a Damián, a condición de que este obtuviera la autorización de su obispo. El pobre hombre ya no sabía a qué santo recurrir, tanto más que toda suerte de iniciativas eran tomadas por los pacientes a favor de uno o del otro candidato. Damián emprendió también él sus actividades: intentó asegurar un mejor avituallamiento, encargó bálsamos a base de gudrón [sustancia resinosa procedente de la destilación de diversos árboles] y de azufre para cuidar las llagas, medicamentos contra la tos, sirop para la garganta y una provisión de zarzaparrilla que utilizaba él mismo como depurador de la sangre. Esperaba de este modo sobrepasar a André que había aumentado su fabricación de píldoras.

Después de un incidente violento que obligó al shérif de la isla a expulsar al pastor Kahuila y a su esposa Williama, Damián escribió a su obispo que él no podía combinar su tarea apostólica con un puesto en la administración. Era necesario hacer saber al Consejo que la responsabilidad de superintendente, que él había aceptado y que su obispo no había siempre aprobado, no era más que provisional. En estos momentos, Maigret recibió una petición destinada al rey: los leprosos firmantes hacían saber que por su parte, Damián podía desaparecer en *topside*; los médicos no visitaban más que raramente el asilo, no había en él enfermeros y André les proporcionaba los cuidados médicos necesarios. Alarmado, Maigret envió al padre Aubert Bouillon en gira de inspección a Molokai. Este último descubrió que André era el origen de la petición; el Consejo había aceptado su propuesta de trabajar como agente médico a cuenta de cama y cubiertos. Cuando Aubert se sublevó, André amenazó una vez más con dejar la congregación.

Por su parte, Damián quería abandonar su función de *luna* o superintendente; estaba agotado y confió a Aubert que los hombres de Sumner le habían amenazado de muerte. Aubert debía tomar una decisión: confió a André la responsabilidad de la parroquia de Kalaupapa y le autorizó a ejercer igualmente la función de agente médico. Damián dimisionaria oficialmente como *luna* y serviría de inmediato Kalawao y *topside*. Sumner, un hombre vil y avaro, fue nombrado superintendente y el americano Clayton Strawn que había sido mercader de esclavos en el Pacífico antes de contraer la lepra, fue promovido asistente.

Esto no resolvió los conflictos, al contrario, porque Strawn tenía una conducta disoluta e incitaba a los relegados a seguir su ejemplo. "Dejadles divertirse tanto como lo pueden todavía", clamaba a todos los vientos. Él se enriquecía con las compras de los leprosos vendiéndoles botes de *pai'ai* a precios prohibitivos, amenazaba a todos los que reclamaban la ayuda material de Damián, reprochaba al sacerdote sus sermones sobre la moralidad, organizaba orgías con el shérif y consiguió enemistarse con la población.

La cuestión del nombramiento del superintendente había una vez más focalizado la atención sobre Molokai, y el soberano llevó el problema de la lepra al Parlamento. Walter Murray Gibson - el periodista que había calificado a Damián como héroe cristiano - se sentaba ahora en el Comité de Salud y presidía el Comité financiero. Como parlamentario, sostenía al rey y participó en la comisión que éste envió a la leprosería. Su conclusión fue que los leprosos tenían necesidad sobretodo de un médico residente. El Parlamento aceptó, sobre su proposición, doblar el presupuesto asignado a Kalaupapa, subiéndolo a 160.000 dólares, y de construir inmediatamente siete dormitorios en Kalawao y cuatro en Kalaupapa.

Cuando se extendió la noticia de que un médico residiría pronto en Molokai, la popularidad de André cayó y sus superiores le volvieron a enviar a *topside*. Pero él rompió las cadenas de lo que consideraba como su esclavitud y desapareció.

Retornó fanfarrón a mediados de setiembre, durante el jubileo de a ordenación de Mons Maigret. A la salida de oficio solemne, en que el todo Honolulu estaba presente, el holandés vestido de civil se adelantó para besar el anillo del prelado y anunciarle que había sido nombrado agente del Consejo de sanidad. Los pacientes estaban indignados, exigían un verdadero médico. Pero Andrés ganó en todos los frentes: envió al Consejo una lista impresionante de medicamentos, se reconcilió con la congregación y reivindicó su parroquia de Kalaupapa; Damián se ocuparía del *topside*. Felizmente, el 15 de junio, este último recibió llegada de China una caja de frascos que contenían comprimidos oblongos de color ocre. Estas píldoras de Hoang Nan estaban ordenadas para las mordeduras de serpientes, los edemas y la lepra. Damián tenía puestas en ellas grandes esperanzas, pero también tenía dudas. De este modo, para asegurar la eficacia del tratamiento, dividió a los voluntarios en dos grupos que presentaban las mismas excrecencias tuberculares y la misma insensibilidad de los miembros. Administró al primer grupo las píldoras y al otro los comprimidos de la misma apariencia pero en los que había reemplazado el contenido por un sustituto. Hizo que se comprometieran estas cobayas que no consumirían alcohol ni ningún alimento crudo. Cada día, les interrogaba y consignaba los nuevos fenómenos, positivos o negativos, siguiendo minuciosamente los progresos de la curación. Había inventado el efecto placebo.

La experiencia llevaba tiempo, lo mismo que la instalación de André. Este debía ocupar oficialmente la casa del príncipe Peter Kaeo, pero juzgándolo demasiado lejos de Kalaupapa, mandó a Damián que la desmontara y la reconstruyera más cerca del asilo. Damián intentó guardar la calma, no había otra manera de aprender a vivir con Burgerman. Al día siguiente de Navidad escribió a su superior: *"Tomando en consideración su carácter holandés y no empujando demasiado fuerte, aprovechémosle, porque podría hacer todavía mucho bien aquí"*.

El nuevo médico, el doctor Nathaniel Emerson, fue acogido triunfalmente en la leprosería el 3 de enero 1878 el día del treinta y ocho aniversario de Damián. Hio de un pastor americano, había crecido en la isla de Oahu, hablaba corrientemente el hawaiano y conocía las costumbres de los kanakas. En reconocimiento de los servicios en el ejército del norte durante la guerra de Secesión, había obtenido una bolsa para Harvard donde estudió medicina. Enseguida se especializó en el Colege of Physicians and Surgeons de New York, donde había practicado nueve años. Cuando supo la falta del puesto de Inspector general de los leprosos y de las leproserías en Hawaii, comprendió que podría realizar su sueño de descubrir un remedio contra la lepra.

Desde su llegada, reunió un máximo de observaciones sobre la enfermedad y sobre el funcionamiento del asilo. Constató que si las necesidades de base estaban satisfechas, la calidad de vida dejaba muchísimo que desear. Hizo doblarla ración de *poi* y pidió un jabón para cada enfermo. El médico se informó también de la experiencia que Damián había intentado con el Hoang Han y le aconsejó de proseguirla, pero sin acariciar demasiadas esperanzas.

Damián se entendía bien con Emerson, pero Andrés le consideraba como una amenaza, por lo que soliviantó a los enfermos contra el recién llegado, que era remunerado con 25.000 francos por año por cuidarles, mientras él les dispensaba gratuitamente sus servicios. Emerson rehusaba también tocar a los pacientes, les examinaba desde lo alto de una escalera y depositaba los remedios sobre un poste. Él, André, curaba sus llagas purulentas y les entregaba los medicamentos de la mano a la mano. De hecho, Emerson trabajaba mucho pero había subestimado la amplitud de la mancha. Temía también no poder sobrevivir en una sociedad donde reinaba la corrupción organizada por Calyton Srawn, el asistente del superintendente y la depravación de costumbres de la que el capitán Sumner daba ejemplo viviendo con concubinas. No tenía la vocación de Damián y se ausentaba a menudo para respirar un poco de aire fresco. Habiendo constatado que el tratamiento con las píldoras de Hoang Nan funcionaba, Damián escribió una carta entusiasta al superior general de la congregación: *"Todo síntoma de la enfermedad has desaparecido. La experiencia de seis años me hace ver que no ha sido en vano el que pusiera mi salud bajo la protección de los Sagrados Corazones para ser reservado de esta terrible enfermedad que me rodea"*. Señala también a su superior que André hace un buen trabajo médico y que los pacientes le tienen más confianza que al médico del gobierno - una frase que, si está desligada de toda envidia hacia André, no es muy correcta para con el doctor Emerson que tan solo hacía un mes que estaba en Molokai. Añade a su misiva una postdata que revela toda la amplitud de su desconcierto: *"Un nuevo misionero es muy deseado para el puesto que el P. André ha dejado vacío... No cuente más con él como vuestro hijo. Quiere ser independiente, lo que me da mucha pena. Al no contar con otro compañero en esta isla, envíeme un buen hijo de la congregación y no un señor testarudo"*.

A pesar de sus deudas, Damián deseaba fundar un orfanato; estaba apoyado por el doctor Emerson que se sentía desolado por la pedofilia que reinaba en la leprosería. Maigret que quería invertir un máximo en el nuevo colegio San Luis en construcción en Honolulu, envió finalmente madera destinada a la edificación de un dormitorio que podría albergar doce chicos.

Damián había encontrado un amigo y un aliado fiel en Emerson, que se las arregló diversas veces para hacer suprimir las tasas de importación sobre los comprimidos de Hoang Nan, porque los primeros resultados parecían positivos. El grupo de pacientes que habían recibido el verdadero medicamento se encontraba mejor que los que habían ingerido un placebo. Damián esperaba poder curar a la mitad de sus cobayas, pero Emerson estaba menos seguro de ello: la lepra era una enfermedad extraña, una recaída aparecía a veces después de una fuerte mejoría temporal. El doctor estimaba también que tanto Damián como André distribuían demasiados medicamentos, que hasta un inocente jarabe contra la tos podía engendrar efectos secundarios. Por eso decidió que él sería en adelante el único que prescribiría remedios.

En julio una epidemia de rubéola se declaró en *topside*. Para evitar que la enfermedad no llegase a los leprosos que constituían una presa fácil, Emerson prohibió el ceso al sendero del *pali*. A pesar de estas medidas, los primeros casos de rubeola se constataron desde el fin de agosto en la leprosería..

Infringiendo el estado de cuarentena, el padre Régis Moncany vino en misión de conciliación a Molokai, porque en el curso del retiro anual en Honolulu, André había un vez más reclamado la salida de Damián que no estaba leproso. Régis, que sabía que Damián probablemente contraído la enfermedad, creyó que los dos deberían quedarse. Durante su visita, constató que los dos sacerdotes tenían sus defensores, pero que la preferencia general de los relegados era por André, lo que él atribuía al hecho de que Damián era un hombre *sine consilio et sine iudicio*, brevemente un exaltado. Explicó a Damián los principios de base que habían sido expuestos durante el retiro al que no había asistido y le incitó a redactar un reglamento personal más adaptado a la realidad. Damián le obedeció inmediatamente y escribió con su escritura inclinada bajo las cuatro letras adornadas "V.C.J.S. ": *"5h. :levantarse, entrar cuanto antes en la iglesia, oración de la mañana, adoración y meditación hasta las 6 1/2. Misa, instrucción y acción de gracias hasta un cuarto de hora antes de las 8h., entonces alguna que otra cosa para el bien de los cristianos, 8h. desayuno, seguido de un poco de conversación y otros asuntos domésticos. 9h. hors menores del breviario bajo la veranda. 9 1/2 lectura espiritual seguida de estudio o de correspondencia e cartas hasta mediodía, 12h. comida. Después de la comida, visitar a los enfermos y los cristianos en general de manera que pueda ver cada semana todo cuanto acontece en cada casa de mi distrito. Si puedo, volver hacia las 5h., decir vísperas y ocuparme de los asuntos domésticos, 6h. cena con la primera oscuridad, rosario, breviario y oración de la noche, entre 9 y 10 h. acostarse.*

Régis prohibió también a Damián de nuevo recibir a los mormones en su casa, dejar pacer a los caballos en el cementerio y ayudar financieramente a los necesitados, ya que estimaba que el Estado hacía bastante. El Hoang Nan era el único triunfo de Damián, y los resultados parecían concluyentes. El estado del antiguo esclavista Clayton Strawn, que había recibido el verdadero medicamento, mejoraba; había recuperado la sensibilidad de su mano derecha y las manchas habían desaparecido, excepto sobre el vientre. Emerson que estudió los resultados, concluyó que el Hoang Nan no era más que un tónico que tenía pocas posibilidades de conseguir la curación. Propuso sin embargo al Consejo cambiar la provisión de costosas píldoras de que disponía aún Damián, por una vieja carreta, un caballo y sus arneses, que Damián cambió inmediatamente en carroza fúnebre. El Hong Nan representaba en efecto una esperanza en un periodo en que la mortalidad era particularmente elevada: después de la rubéola, el invierno había sido inhabitualmente frío, después otras dos epidemias - el tifus y las paperas - habían golpeado el archipiélago.

Damián tenía el vientre cubierto de manchas que le producían prurito. El doctor Emerson que estaba momentáneamente en Honolulu, fue reemplazado por un joven médico de otro temple. Este doctor Wiener rehusó ocupar la

casa del médico y se alojaba en casa de Damián para poder entretenerse con él por la noche. También tocaba a los enfermos, porque no creía en la contaminación., siendo la lepra según él el cuarto estadio de la sífilis. Cuando Damián le mostró sus manchas, el doctor se rió con una risa homérica: Damián tenía la sarna. Le prescribió un jabón fénico y una loción destinada a matar los acáridos parásitos que hormigueaban bajo su piel.

Aliviado Damián emprendió los preparativos de la fiesta de Navidad que fue bien triste ese año. La iglesia estaba vacía, demasiados relegados habían muerto o estaban gravemente enfermos.

El mes de enero no se portó mejor. El 31, Damián fue llamado a la cabecera de una niña de tres años. Como era demasiado joven para recibir los sacramentos el sacerdote le hizo un suave masaje *lomi lomi* para ayudar a su alma a escaparse hacia Dios. *"Ella me pidió que le trajese corriendo el Santo Viático y apenas hubo terminado su acción de gracias cuando entregó su bella alma entre las manos del Señor que acababa de recibir. Yo mismo hice su ataúd y cavé su fosa"*. En búsqueda de reconforto espiritual, se puso a leer su breviario en la terraza cuando enterradores quisieron abrir la fosa que acababa de cerrar. Se encolerizó: había prometido a la niña, que tenía miedo de la soledad, de la oscuridad y de lo desconocido, de ir con ella cuando llegara su turno y la había enterrado en el lugar que él se había reservado muy cerca de la gran cruz.

La noche misma, después del tercer enterramiento, Damián rompía el largo silencio que se había impuesto, Escribió a su hermano Pánfilo una carta de propaganda: *"Pronto hará ya siete años que vivo en medio de los leprosos. Durante ese largo lapso de tiempo, he tenido la ocasión de ver de cerca y tocar con el dedo, por decirlo así, la miseria humana en todo aquello que tiene de más horroroso. La mitad de nuestros enfermos son como cadáveres ambulantes que ya los guanos han comenzado a devorar [...] Como el cementerio, la iglesia y la casa no forman más que una sola parcela, soy el único guardián durante la noche de este bello jardín de los muertos donde reposan todos mis hijos espirituales, encuentro mis delicias en ir allí a rezar mi rosario y meditar sobre la felicidad eterna de la que ya gozan un gran número de ellos, sobre la desgracia de algunos que no han querido obedecerme y sufren en el purgatorio. Os aseguro, mi querido hermano, que el cementerio y la choza de mis moribundos, son mis más bellos libros de meditación, tanto par alimentar mi propio corazón como para preparar mis instrucciones"*.

En Honolulu la situación de la congregación era crítica: Mons Miagret perdía su poder sobre la misión. El superior general y los otros superiores parisinos habían interrogado largamente a Régis Mocany durante su estancia en Europa., porque las cartas de Köeckemann hacían alusión a una vacante de poder. Régis les había revelado que el provincial Modesto sufría la enfermedad de Alzheimer y no podía asumir por más tiempo su cargo, el superior general decidió para asistirle un consejo provincial compuesto por los padres Régis Moncaney, Hermann Köeckemann, Gulstan Ropert y Aubert Bouillon. A pesar de su promoción, Köeckemann envidiaba al joven Gulstan, el

niño prodigio, que de apenas treinta y ocho años y llegado recientemente al archipiélago, tenía grandes probabilidades de representar a las islas Hawaii en el capítulo general en París. Fouesnel tomó el partido de Kœeckemann e insinuó que Gulstan tenía un hijo ilegítimo. Kœeckemann se abstuvo de relatar tales murmuraciones a sus superiores a los que continuaba haciendo el elogio del mundo exterior, pero se quejaba de tener que encontrar continuamente soluciones a los problemas generados por Maigret.

La misión hawaiana estaba confrontada a otros numerosos problemas. Damián, Andre y Grégoire Archambeaux estaban leprosos o supuestos tales y Boniface Schæffer temía haber estado contaminado; Charles Puzot estaba siempre al borde de la locura; Albert Montiton, recién llegado de las islas Tuamotu, no se entendía con nadie y sufría igualmente de una enfermedad de la piel. Los padres André, Aubert Boniface, Rupert, Fabien y Leonor amenazaban con dejar la congregación. Existían igualmente escándalos sexuales: después del asunto Gulstan, Fabien Schautsen, el sucesor de Damián en la Isla Grande, fue acusado de tener él también un hijo ilegítimo; la misión logró dar carpetazo al asunto por el tribunal de Wimea, después desplazó a Fabien al colegio de Ahuimanu antes de echarle de la congregación.

Adré Burgerman cohabitaba en la leprosería con Henriette Speyver, una antigua alumna del convento de las Hermanas de Picpus. Damián se lo había ya señalado discretamente a Régis y el nuevo vice-provincial se vio forzado a creerlo cuando la cosa fue confirmada por el doctor Emerson a quien Damián se había confiado. Los superiores decidieron que debía dejar la congregación. Además, el Consejo de salud no deseaba más de él, rehusó distribuir menos medicamentos como lo reclamaba Emerson y difamó a este último ante los enfermos. Régis suplicó por tercera vez al superior general de la congregación que retirara a André de Hawaii y le ordenó entretanto abandonar Lahaina, en la isla de Maui. Pero le holandés hizo cuanto pudo para permanecer. Puso fin oficialmente a sus relaciones, escuchó la confesión de Damián y prometió al Consejo de salud no ejercer más la medicina.

El doctor Nathaniel Emerson quería también dejar Molokai, tenía necesidad de compañía y de gentes sanas, no consideraba su trabajo como una penitencia a la manera de Damián, el cargo de médico residente en Kalaupapa estaba por encima de sus fuerzas Prometió sin embargo permanecer hasta que se le encontrara un reemplazante.

Al anuncio de la partida de André y de Emerson, los enfermos temían quedarse sin asistencia médica. ¿No sería bueno dejar a André? Pero en junio, cuando este se reinstaló en casa de su concubina y volvió a repartir píldoras, Sam Wilder firmó una orden de exclusión. Burgerman perdió el control de sí mismo y amenazó a Damián con "saltarle la tapa de los sesos". Como era notorio públicamente que André tenía un revolver, Emerson pidió la protección de la policía. Escribió una larga carta al Consejo de salud, señalando que él sabía por experiencia personal que André era un hombre violento y malo, un individuo indecente, un "*pestilent fellow*" ["tipo pestilente"] que cohabitaba con una mujer leprosa, algo que era hipócrita en

su cualidad de sacerdote. Además, este "charlatán" minaba su autoridad e médico diplomado. Emerson terminaba su misiva por: "Me siento obligado a prevenirles que si obtiene la autorización de permanecer en el asilo, la paz de esta comunidad será gravemente perturbada. Damián se mantuvo en términos más prudentes en la carta al Consejo: "No tengo más testigo que a Dios y no quiero que este asunto tenga consecuencias judiciales. Simplemente deseo explicarles por qué les ruego que alejen del asilo a este hombre peligroso".

Como consecuencia de una denuncia introducida por Sam Wilder, ministro del Interior, André fue sometido a comparecer ante el cónsul de Francia por ejercicio ilegal de la medicina. La misión quería transferirle a Lahaina, pero él rehusó y permaneció en Kalaupapa, haciendo hasta el fin la vida dura a Emerson. Cuando fue designado su sucesor, el médico dimisionó. Puso en guardia a su reemplazante el doctor Charles Delson, que soñaba con descubrir un remedio contra la lepra y quería proceder a la realización de autopsias, contra el rechazo de los hawaianos de prestarse a este género de prácticas. El nuevo llegado hizo expedir a Honolulu cadáveres colocados en cajas metálicas. Procedió igualmente a experiencias con un medicamento de Noruega del que esperaba un milagro.

Los pacientes y Damián intentaron vanamente convencer a Emerson de que se quedara. Con las lágrimas en los ojos, el médico rehusó; estaba de tal modo agotado que hubo que transportarle a bordo de la chalupa que le llevó definitivamente lejos de Molokai.

En agosto, Damián participó en el retiro anual de los picpucianos en Honolulu, tenía necesidad de alimento espiritual y de discutir con sus superiores. En su ausencia, Régis envió a André con órdenes estrictas concernientes a su partida para Lahaina, señalándole también que no comparecería ante el cónsul de Francia, porque la misión había logrado que dieran carpetazo al asunto. El 14 de agosto, el holandés escaló el *pali* para no volver a poner los pies en la leprosería.

Trabajó numerosos años en Lahaina, perpetuamente en conflicto con sus superiores pero muy apreciado por la población en razón de los cuidados médicos que prodigaba. Jamás enterró el hacha de guerra contra Damián y murió como hijo de los Sagrados Corazones en 1908, a la venerable edad de setenta y nueve años.

## Capítulo XII

### UNA DISTINCIÓN REAL (Agosto 1880 - Octubre 1881)

pg libro 193

Pocas cosas cambiaron en Kalaupapa. El aprovisionamiento permanecía defectuoso, debido a la falta de lugar en la bodega de los navíos casi

enteramente requisadas para las plantaciones. Los ciudadanos de Honolulu enviaron a Damián y a los huérfanos regalos de Navidad que no llegaron hasta comienzos de enero 1881. El misionero se vio particularmente contento de recibir mostaza, salsa inglesa, y pimienta que iban a permitir al cocinero preparar platos u poco más sabrosos para los huérfanos, porque la enfermedad debilitaba las papilas gustativas. El día de su cuarenta y un aniversario, fue recibido en audiencia por la reina Kapiolani a la que explicó la falta de cuidados médicos que sufrían los pacientes del asilo. Participó en el retiro de invierno de la congregación en Honolulu, se confesó y entretuvo largamente con Hermann Höeckemann que pareció simpatizar con él y escribió al superior general que era inadmisibles dejar a de Veuster solo en su isla, era indispensable enviarle un compañero.

Damián apenas había entrado en Kalaupapa, cuando una epidemia de viruela se declaró en Honolulu; los relegados reclamaron medidas de cuarentena para protegerse. Durante numerosos meses, ningún navío pudo abordar la isla y el misionero se vio obligado a confesarse directamente ante el Santísimo Sacramento. El 24 de mayo, la leprosería recibió por fin un correo. Las noticias no eran buenas: el prestigioso colegio de Honolulu se había hundido a día siguiente de su inauguración y un niño hawaiano había muerto. Mons Maigret había despedido inmediatamente al sacerdote-constructor irlandés y decretado no aceptar más en su diócesis a ningún miembro de otra orden religiosa que no fuera la de Picpus Por esta razón fue declinada el ofrecimiento del belga Louis-Lambert Conrardy, que se había vuelto a ofrecerse como candidato para la leprosería.

Cuando el transporte de personas fue restablecido, la princesa Liliuokalani y su hermana Likelike desembarcaron para una visita improvisada de un día, dejando apenas a los habitantes la posibilidad de levantar arcos de triunfo y barrer los senderos. La princesa seguía la situación de Molokai desde 1873: sus ambición era la de atajar las epidemias con el fin de impedir la desaparición de la población hawaiana. Cabalgando hacia Kalawao, rogó a Damián que le diera el máximo de informaciones en un mínimo de tiempo. Después de un interminable discurso de Sumner sobre la veranda de uno de los pabellones, la regente declaró a os enfermos que no les había olvidado y haría lo mejor que pudiera para ayudarles. Les pidió que hablaran sin miedo, de no ocultarle nada, de exponerle todos sus problemas. Ella escuchó pacientemente durante toda una hora ahogando por momentos sus lágrimas. Era necesario construir con urgencias un orfanato para las niñas, reparar las casas antes de la estación fría y construir nuevas, asegurar los cuidados médicos de calidad y enviar enfermeros para ayudar al doctor Nielson, un hombre agradable pero falto de dinamismo. La princesa entonó a continuación un canto de despedida compuesto por ella - la endecha *Aloha Oe* y prometió a los leprosos de volver pronto, porque les llevaba en el corazón. En el momento de volver a tomar el barco, confió a Damián: "He visto la muerte de mi pueblo. Nos morimos. El fin está próximo".

A consecuencia sin duda del accidente acaecido al nuevo colegio de Honolulu, a Mons Maigret le dieron el retiro. Desde hacía años, Köeckemann y Fouesnel

asediaban al superior general con cartas estigmatizando la mala gestión de los viejos superiores. Al final de junio, Köeckemann recibió por fin de París su nominación como obispo coadjutor. Lo mismo que el provincial Modesto Favens, Mairet permanecería superior de por vida, pero en adelante sería Köeckeman quien asumiría su trabajo. Encantado con esta promoción, el alemán invitó a su amigo Fouesnel a acompañarle a San Francisco donde debía tener lugar la consagración. Durante el retiro del mes de agosto, Damián felicitó al futuro prelado, después acompañó a sus compañeros al muelle donde la fanfarria tocaba aires alegres. Mons Maigret tomó muy a mal su obligado retiro y calificó a Köeckemann de usurpador.

Durante la semana de meditación en Honolulu, Damián hizo un gran examen de conciencia. *"Se ha de considerar 1. lo que se ha sido en el pasado, 2. lo que se es en el presente, 3. lo que se debe ser en el futuro, 1. En relación consigo mismo. Nuestros pecados y malas costumbres, cuál ha sido la causa etc. y cuál es el remedio para remediarlo. Examen: la demasiada solicitud en las acciones, en adelante 'Festina lente' (date prisa lentamente). La excesiva presentación personal, tener demasiado buena opinión de sí mismo. Por tanto júzgate a ti mismo con severidad y no a los otros. 2. En relación al prójimo. La falta contra la caridad; mezclarse en los asuntos de otros lo menos posible, a no ser con los huérfanos. Demasiada familiaridad en la conversación. Falta de reserva a cuenta... de un tal o tal, pensar contra y hablar mal de otro. No juzgues a tu prójimo. 3. En relación con Dios. Oraciones descuidadas o hechas con distracciones voluntarias, breviario dicho por rutina y sin gusto, sin atención, interrumpido sin necesidad Decir la Misa sin preparación y con distracciones voluntarias..... Comulgar sin estar en ayunas, coger la reserva [del Smo.?] después de la ablución. Predicar a menudo sin preparación. No haber tenido bastante respeto con los Santos Óleos y los otros objetos sagrados, tela de la iglesia. No haber respetado bastante en mí mismo el carácter sacerdotal y haberme vestido de laico para trabajar".* Estas notas se terminan con su preparación a la confesión del 29 julio 1881: *"Me he enfadado demasiado a menudo y ha pecado 3 veces contra los furores (pensamientos impuros, desnudez y tocar). He calumniado y murmurado e injuriado contra los Mormones"*

Damián quería reconocer su suerte ante Köeckemann que, antes de su partida, le había procurado un compañero, el padre Albert Montiton. Sin embargo, nadie se llamaba a engaño por esta elección, como escribe Fouesnel: *"El P. Albert estando en la leprosería como leproso, bajo el golpe de la ley y a cargo del gobierno, no puede ya moverse por ello. Se le ha sacrificado y no sirve justamente más que para ahorrar al padre Damián el trastorno de venir e ir a Honolulu para confesarse".* Damián sabía que Montitón estaba afligido por picaduras continuas en todo el cuerpo, debidas al pescado envenenado con que le habían alimentado los caníbales en su anterior misión de las islas Puamotu. Desde el desembarco de Alber en Kalaupapa, las cosas se presentaron mal. *"A su llegada aquí me habló durante tres días consecutivos como si yo hubiese malvivido con una mujer. Había oído decir es, decía, en Hawaii o en Kohala".* El recién llegado no cesaba de hablar de fornicación, pro como era un excelente narrador y

conocía perfectamente el hawaiano, ganó rápidamente el corazón de los parroquianos que sin embargo no se privaban de imitar a sus espaldas las largas peroratas confusas que recitaba como un molino de palabras tomando recursos de cualquier parte. Estimaba también que la función del superior de la isla le convenía, porque tenía quince años más que Damián El vice-provincial Régis rehusó acceder a su petición, de la que se queja en una carta al superior general, tratándole de *"energúmeno que se porta rudamente de todos aquellos que no dicen o no hacen como él quiere, sobretudo a los kanakas que quiere asimilar a los salvajes de Puamotu. Es un charlatán que necesita su Vaticano, su navío y un violón"*. Sin embargo Damián no deja filtrar nada de estos problemas a su superior Köeckemann, le asegura por el contrario que la corriente pasa entre los dos.

A su retorno de San Francisco, Köeckemann pide, conforme al protocolo, poder presentar sus respetos a la princesa regente Liliuokalai. El 20 de septiembre sotana bordeada de púrpura, acompañado e cónsul de Francia en uniforme de gala y cinco otros sacerdotes, fue recibido con fanfarria en el palacio por el gobierno, los dignatarios y los oficiales superiores que le felicitaron por su promoción. En el curso de la recepción, la princesa anunció que quería honrar a dos eclesiásticos. La primera y la más elevada distinción estaba destinada al viejo obispo: en la ausencia de Mons Maigret, remitió al cónsul de Francia la carta de felicitación y el cordón de Gran oficial de la Orden real de Kalakaua; Köeckemann, que no había invitado a Mons Maigret a la ceremonia y le criticaba en privado, agradeció públicamente en nombre del prelado que había "contribuido a la felicidad y a la independencia de país". La segunda condecoración destinada a Damián fue igualmente puesta en manos del cónsul de Francia.; sin embargo, Köeckemann se envanecía en una carta a París que la princesa le había pedido imponer personalmente la distinción a su sacerdote.

El capitán del vapor *Kilauea* que raramente ponía pie a tierra, quiso remitir en sus propias manos la carta de la regente al valeroso misionero. Rodeado de la muchedumbre de leprosos, Damián leyó con su voz de barítono el texto complicado redactado en lengua hawaiana aristocrática: el soberano le rogaba que aceptara la distinción de Comendador real de la Orden real de Kalakaua y le otorgaba todos los derechos y privilegios agregados a ella. La princesa regente había añadido un palabra personal: "Deseo expresaros toda mi estima por vuestra obra heroica y desinteresada entre los más desgraciados de los sujetos de este reino y rendir testimonio públicamente de la solicitud fiel, paciente y amorosa con la que vos trabajáis por el bienestar físico y moral con que trabajáis por los que han sido excluidos por necesidad de los tiernos cuidados de su familia y de sus amigos. Soy bien consciente que vuestra entrega y vuestros sacrificios provienen únicamente de vuestro deseo de ayudar a vuestro desgraciado prójimo y que encontráis vuestra recompensa y vuestra inspiración junto a nuestro Padre Santo y Señor de todos. Sin embargo deseo pedirle, Reverendo Padre, que aceptéis la Orden de Caballero Comendador de la Orden real de Kalakaua en testimonio de mi leal aprecio por vuestros esfuerzos que tienden a aliviar la miseria y a atenuar la tristeza de

los desgraciados leprosos de Kalawao y ello de diversas maneras. Soy vuestra amiga Regente Liluokalani.

El mismo día, Meyer descendió del *pali* con otras buenas nuevas: la regente había obtenido del Consejo un orfanato para chicas, y Damián podía determinar él mismo el lugar en que sería construido esta gran casa rodeada de una veranda. Por razones de decencia, escogió un trozo de terreno bastante alejado de la casa parroquial, pero bastante próximo sin embargo al orfanato de los chicos, con el fin de que los dos establecimientos pudieran disponer de una cocina común; Meyer estableció de inmediato el presupuesto.

La noticia de la distinción otorgada a Damián, fue reconocida en todos los diarios: la *Hawaiian Gazette* subrayó el hecho de que la regente se había elevado por encima de las "pandillas mezquinas" y que esta mujer amplia de ideas colocaba los méritos antes que las convicciones religiosas; el *Pacific Commercial Advertiser* habló de Damián que "*había reavivado el heroísmo sagrado de los sangrientos circos de la Antigüedad. ¿No era un mayor favor ser arrojado como pasto a las fieras que ser condenado a vivir en la atmósfera pestilente de una leprosería?*" Damián sabía que todos estos homenajes reavivarían también el rencor hacia él. Por eso escribió a Köeckemann que se estaba haciendo "*mucha fanfarria en los periódicos acerca del cura de Kalawao*" y que esperaba que todo esto no daría "*envidia a algunos señores*".

Debía escribir una carta de agradecimiento a la princesa. Probablemente se hizo ayudar para redactarla, porque es en un inglés perfecto y enfático como acepta la distinción por la que Su Grandeza ha querido manifestarle su reconocimiento por sus humildes servicios a los leprosos: considera la Orden que le ha sido concedida como un testimonio público de la unidad y de las buenas relaciones que existen entre la familia y a Su Alteza Real la Iglesia católica; en lo que concierne a su misión en Kalawao promete solemnemente al honorable Consejo de salud el hacer cuanto mejor pueda por el bienestar espiritual y temporal de los infortunados leprosos.

Mons Köeckemann debía llegar a Molokai el 8 de octubre para imponer la medalla a Damián. Desembarcó en Kaunakakai, la capital y uno de los puertos de la costa sur de la isla, con veinticuatro horas de retraso y una cantidad impresionante de bagajes. Sin embargo, contrariamente a Mons Maigret que permanecía siempre al menos una semana, no tenía la intención de prolongarse y como temía a la lepra, había llevado un colchón, sábanas, paños de altar, etc. El descenso del *pali* fue una verdadera prueba para este dignatario que sufría de vértigo: se hirió en la pierna, y Damián tuvo que sostenerle; sin embargo debía conservar su prestigio, porque una muchedumbre enorme les esperaba al pie del acantilado. Damián le presentó a un predicador a quien calificó de "hermano en Jesucristo"; pasmado, el obispo se preguntaba si había oído bien. El superintendente y su asistente pronunciaron un discurso de bienvenida y le ofrecieron un caballo que se vio obligado a montar a pesar de su temor al contagio y las punzadas en su pierna dañada. Leprosos agitando banderas y cantando a pleno pulmón le

escoltaron hasta Kalawao, donde se había levantado un arco de triunfo a la entrada de la misión, pero Köeckemann no veía más que el cementerio. En ese lugar sórdido se encontraba Albert Montiton a quien el obispo no podía soportar y que hizo actuar a su coral de leprosos que estaban encaramados sobre las tumbas. Durante la bendición con el Santísimo cantada en Santa Filomena, el prelado sufrió todas las penas de mundo para rechazar acideces provocadas por el mal olor. Por fin, pudo reposarse en la habitación de amigos de la casa parroquial, que él consideraba igualmente como un lugar infestado - porque se contaba que Damián tenía la lepra - pero ya los leprosos se agolpaban para asistir ala entrega solemne de la medalla. Siguió a Damián en un estrado y, después de haber tomado un poco de comida que Damián le aseguraba que había sido preparada por manos no contaminadas, tuvo que soportar una serie de discursos alabando la bondad del apóstol de los leprosos. Tomó entonces la palabra: "La princesa regente, en ausencia de su hermano el rey Kalakaua ha querido honrar públicamente la entrega caritativa del P. Damián y ella me ha puesto en las manos la cruz de honor para yo se la entregase en su nombre". Colgó prudentemente la distinción en la sotana del misionero que quiso inmediatamente quitársela, pero el obispo le ordenó llevarla al menos durante el tiempo de su visita.. Sobre ello, *"el orgulloso belga declaró con una gran sonrisa que su cruz eclipsaba un poco la del obispo"*.

Pero el pobre prelado no había llegado aún al final de sus penas. Después de haber pasado la noche en la casa de Damián, tuvo que confesar leprosos, darles la comunión, bautizar catecúmenos y confirmar parroquianos, tanto en Kalawao como en Kalaupapa. En esta última parroquia, los fieles le pidieron poder agrandar la iglesia en forma de cruz, una petición a la que accedió inmediatamente, tanta era la prisa que tenía en dejar los lugares. Se subió a su montura y se dirigió resueltamente hacia el *pali* donde le esperaban de nuevo, agitando sus banderas, leprosos con los dientes descarnados y con largas orejas, fanfarrias y estandartes protestantes. Cuando el reverendo Kahuila se aproximó, el obispo sintió escalofríos. Este le explicó que Damián creían que la paz y la tolerancia debían reinar, porque, ante la muerte, protestantes y católicos eran iguales; en nombre de todas las confesiones que se intentaban el bien, el pastor pidió al obispo que le bendijera. Mascullando que era necesario respetar la segregación en interés del país, pero que la colaboración de fuerzas y la colaboración eran efectivamente necesarias, Köeckemann bendijo a todas las personas presentes - protestantes, mormones, paganos y católicos - y remontó de prisa el sendero que llevaba a la cumbre del *pali*. En cuanto distinguió el mar, no escuchó más a de Veuster que le suplicaba todavía que confirmara a cristianos del *topside*; en efecto el obispo había visto el barco que iba a llevarle lejos de esta isla de la brujería. Vuelto a Honolulu, tuvo el horror de su vida: las uñas de sus dedos empezaron a caérsele, creyó haber contraído la lepra. El médico le aconsejó llevar guantes de caucho, de las que él hizo una costumbre hasta el fin de sus días.

Después de una breve gira por *topside* las lluvias diluvianas impidieron a Damián volver a descender a la leprosería. Permanecía en casa de Meyer cuando sus parroquianos le comunicaron, con ayuda de señales luminosas,

que una gran desgracia se había producido en la parte baja del acantilado. A pesar de la tempestad, se lanzó al peligroso descenso del *pali*. El capitán del barco *Warwick*, anclado desde hacía unos días en la bahía de Kalawao, no habiendo podido echar las chalupas a la mar, había rehusado, contrariamente a su costumbre, devolver a los nuevos deportados a Honolulu y les había obligado a saltar al agua. Los enfermos todavía vigorosos y los kokuas habían conseguido salvar a veinte personas, otro relegado se había ahogado y Damián llegó justo a tiempo para acompañar al último rescatado agonizante.

Después del entierro de las dos víctimas, el ambiente se tornó explosivo en la leprosería, lo mismo que en las otras islas. La princesa Liliuokalani decretó que "la lepra era una enfermedad y no un crimen". Carteles anónimos llamando al terrorismo fueron pegados en las paredes y en los árboles: se había "arrojado enfermos a la mar como perros", los que sostenían la segregación podían esperar actos de violencia. Solo la creación de un asilo en Honolulu podría calmar los espíritus. Sin embargo, plantaciones de caña de azúcar fueron incendiadas.

Esta situación no era la única causa del descorazonamiento y de la tristeza de Damián: Albert [Montiton] le había a su vez declarado la guerra. Acusaba a su compañero de mantener varias maestras y se había disputado con el cocinero que amenazó con marcharse, lo que hubiera supuesto una catástrofe, porque este hombre asumía además el mantenimiento del material y se ocupaba de treinta y cuatro chicos del orfanato. Damián que había sin embargo realizado rápidamente los trabajos de la iglesia de Kalaupapa que servía Albert, escribió a su superior general: *"Todo marcharía bien aquí si él (Albert) no fuera tan estricto en sus exigencias. Perdone estas líneas, estoy un poco recalentado [...] Los pequeños líos del padre Régis junto a los de mi compañero, me dan lugar para ejercer mi paciencia, pero tengo el carácter vivo si se me empuja demasiado"*. Köeckemann que no creía una sola palabra de las acusaciones de Albert sobre las pretendidas relaciones de Damián - el religioso ¿no había ya montado con todas sus piezas una historia similar cuando trabajaba sobre la Isla Grande? - tomó una decisión de la que nadie comprendió nada: Damián se convirtió en responsable de la leprosería peor sin tener poder de decisión más que en Kalawao, mientras que Albert que le estaba subordinado debía poder trabajar con toda independencia en Kalaupapa.

En aquellos momentos, el doctor Nelson, que en un año y medio había conseguido no hacer nada pero recibiendo su salario, perdió grandes sumas en las carreras de caballos en Honolulu y se embarcó como pasajero clandestino para Nueva Zelanda. El Consejo de salud confirió a de Veuster el título de médico-asistente, estimando que después de ocho años pasados en Kalawao, era capaz de resolver pequeños problemas médicos. Pero el enfermero británico John Ostrum cuyo principal cuidado era la higiene rehusó que Damián, que pedía más libertad para los pacientes se ocupara del hospital. El conflicto fue ahogado antes de nacer, porque desde diciembre, el Consejo contrató un médico californiano, el doctor George Fitch. Decidido trabajar duro y sostenido por la comunidad protestante - lo que le convirtió inmediatamente en sospechoso a los ojos de Köeckemann -, este hombre

mantenía excelentes contactos con Damián a pesar del desacuerdo fundamental sobre un punto. Fitch sostenía que la lepra era el cuarto estadio de la sífilis: antes de la llegada de Cook, no había ni lepra ni sífilis en el archipiélago; los primeros casos de lepra no aparecieron más que en el momento en que las enfermedades venéreas se hubieron implantado entre la población. Damián no creía en esto: presentaba ser él mismo la prueba de lo contrario, no teniendo casi ninguna sensibilidad en el pie. Para corroborar su teoría, Fitch deseaba poder inocularla lepra en un condenado a muerte, hacerle purgar su pena en el aislamiento más absoluto y verificar si contraería la lepra sin tener sífilis.